

PINCELADAS DE BASCONIA



La llegada de las traineras

Con el pensamiento en su familia y la alegría en su corazón están las mujeres, en las inmediaciones de Kai-arriba; las unas cosiendo redes, las otras haciendo calceta y otras, no tan trabajadoras, contando cuentos y *cuentas* de todo lo que ocurre en el famoso barrio de la Jarana, mientras que en el muelle corre el tráfico de la descarga de los buques, las gabarras con grandes cargamentos, nuestro simpático boyero que corre de un lado para otro con sus parejas de bueyes y los comisionistas y comerciantes tomando notas de las mercancías que entran y salen.

En el citado barrio de la Jarana se nota movimiento, bullicio; unas mujeres se dirigen á la punta de Kai-arriba, otras abandonando las redes van á coger cestas, y todas á una se levantan contentas y satisfechas y se preparan plegando sus delantales. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? pregunta el transeunte.

Son las traineras que se divisan á distancia; el movimiento de los reinos que se nota y entusiasmo. Las mujeres se disputan por la que primero aparece; las unas aseguran ser la de tal patrón, las otras la de tal otro y entre todas levantan una desternillante gritería.

Ya van acercándose nuestros bravos marinos; ya vienen tragándose el océano, con pasmosa velocidad, con sin igual ligereza; apenas si se nota un descompasado movimiento, un remar desigual; todas las traineras vienen en hilera, como formando una gran cenefa por los distintos colores de las camisetas rojas, azules y blancas de los pescadores. ¡Qué espectáculo tan ideal!

Las olas que culebrean, bullen y burbujan rompiendo espumantes contra la costa; el sol que como antorcha que va debilitándose

se parece que obsequia con sus últimos fulgores de luz y de calor á las fugitivas traineras; y la naturaleza que envía al pescador aura, suave y tranquila, con la alegría de las aves que piando se retiran dando al aire su natural ambrosía.

Van á entrar en el puerto, pasando por delante de las montañas de las que tanto se alejaron; contemplando las endurecidas rocas, los árboles y verdes follajes de las campiñas y florestas, los diáfanos cristales de elegantes palacios, y por último su casa humilde y pobrecita hácia donde dirige con su vista tierna y amorosa, miradas de ansia y anhelo de llegar al seno de su familia para quien sacrifica todo su ser.

Al llegar, atracan á la escalerilla aquellas traineras abarrotadas de argéntea y resplandeciente *bokarta* y enseguida comienza el trasiego por las mujeres y hombres á la vez; los unos llenan del sabroso alimento las cestas preparadas, que atadas por medio de un gancho son levantadas con prontitud hasta lo alto del muelle y las otras llenan también cestas y más cestas preparándolas convenientemente con sal, y verdes hojas para expedir á distintos puntos, en tanto que las *sardñ-saltzalles* enardecidas á la vista de un espectáculo tan productivo para ellas salen á recorrer las calles de la población al grito tradicional del *bokarta oraingua bokartaaaa...*

Este cuadro de la llegada de las traineras por su animación y curiosidad es de los que más gente atraen á nuestro muelle, muy especialmente en la temporada de verano, en que tanto gusta y entusiasmo á los forasteros extraños á los puertos de mar; en varias ocasiones he tenido la curiosidad de fijarme en la avidez con que compraban la sabrosa *bokarta* para enviarla á sus pueblos, muchas familias veraneantes que acudían al muelle con el exclusivo objeto de contemplar la llegada de las traineras y hacerse con buena porción de tan fresco pescado.

ADRIÁN DE LOYARTE.

